

«Taloneo»



Josué Altamirano-Alberto*

A Doña Elsa, mi madre.

No me gusta dar monedas a cualquier persona que lo pide en la calle, son demasiadas que no me alcanzaría el dinero que cargo, entre invidentes, enfermos, discapacitados y gente que te quiere talonear, trato de escoger por medio de pequeñas epifanías a la persona adecuada a quién entregar el dinero que nunca me sobra; pequeños momentos, mezcla de espontaneidad y casualidad encontrada.

Algo muy parecido hizo que pudiera venir a vivir a la Ciudad de México; una persona en el lugar correcto y en el momento correcto lo hizo posible. Por aquel entonces, estaba por salir de la preparatoria, y llevaba todo un maratón de estudio a mis espaldas para presentar el examen de ingreso a una universidad nacional, una más de las universidades saturadas de este país, cuyo sistema solo admite a uno de cada diez jóvenes. Hasta ese día llevaba dos meses devorando la guía de estudio que me proporcionaron cuando me registré, no la soltaba ni para ir a dormir. Esa la mañana me

enteré que varios amigos de los que también presentarían el examen no lo harían por distintas razones, por lo tanto no viajarían a la ciudad, y eso cambiaba mis planes, sentí desconfianza, miedo, frustración por no tener con quién ir acompañado y los planes de conseguir un departamento entre todos y compartir los gastos habían cambiado.

Llegando a casa, después de la escuela, mi madre me esperaba como todos los días, atendiendo su papelería. Me vio de lejos y, como cualquier madre que conoce a su hijo, presintió que algo pasaba. Entré por el mostrador de la tienda hasta la casa y tiré la mochila en el piso; no dejé a mi madre preguntar "¿Qué paso?" y le solté las malas noticias. Ni ella, ni yo, podíamos creer que todos se echaran para atrás. Mi madre pensaba que lo mejor sería que me quedara en la ciudad, en alguna universidad local, pensé en recordarle que no me registré para presentar examen en ninguna universidad del Estado, pero no quería preocuparla, pensaba que ya tenía edad suficiente para lidiar con mis propios problemas,



Josué Altamirano-Alberto

Egresado de la ESIA-Tecamachalco (1998-2004), ha colaborado con distintos despachos desarrollando proyectos residenciales, comerciales e institucionales de los que destaca la "Casa Agua" en el Cielo Arquitectura, proyecto que obtuvo mención en las "50 Obras de Arquitectura emergente de las Américas" (Arquine, 2010). A impartido Diplomados y Talleres de Arquitectura Digital en el CEDETEC - ITESM Campus Ciudad de México. Actualmente edita el blog de Arquitectura, Diseño y Lifestyle projectblogspace.com y es Senior Architect de tiempo completo en el Taller Veinticuatro. altamiranojosue@hotmail.com

aunque en el fondo sabía que esto era demasiado. Bajé la cabeza un tanto resignado y le dije a mi madre que dormiría toda la tarde, no había mucho por hacer, no iría solo, sin conocer la ciudad y sin ninguno de mis amigos con lo que me sentía seguro y respaldado.

Llevaba una semana de desvelo por estudiar y estaba agotado, entré a mi cuarto y en la pared me esperaba el póster de Dimebag Darrell, el bajista de Pantera con la misma cara de metalero enojado de siempre. Me tiré en la cama y momentos después la almohada absorbió lentamente mi silencioso llanto.

Mientras caía dormido recordé a mi hermana mayor, ella no tuvo ningún contratiempo para ingresar a la carrera, fue muy destacada en los estudios desde muy pequeña, siempre fue la abanderada de la escolta y su desempeño fue sobresaliente en todos los grados académicos. En lugar de estudiar la preparatoria, decidió cursar enfermería y al terminar ingresó a la Facultad de medicina del Estado de Guerrero.

Tan pronto comenzó a trabajar y recibió su primer cheque, me llevó a su departamento a pasar el fin de semana y me dio de regalo una patineta con la bandera de los Estados Unidos impresa en la tabla. Por la tarde me llevó al cine a ver "Mi pobre angelito" con Macaulay Culkin y por la noche fuimos con sus amigas a las discotecas de la costera de Acapulco para aprovechar

el "ladies free". Terminamos en News y quién sabe cómo fue que me dejaron entrar, seguro ayudó venir rodeado de cinco chicas guapas veinteañeras y traer un buen look compuesto por una camisa a rayas Gap, pantalones de mezclilla Guess y tenis World of Troop. Esa noche que duró hasta el amanecer, fue una experiencia única de mi adolescencia. Al regresar a casa, mi percepción de libertad cambió totalmente, pedí inmediatamente una recámara para mí solo y nunca más compartiría mi espacio con alguien de la familia. Mi madre se deshizo del cuarto de los tiliches y metimos una cama individual en el pequeño cuarto, decoré los muros con un par de pósters de Michael Jordan y mi colección de latas de refrescos. Ahora en este mismo lugar, años después, me encontraba dudando de mi futuro.

Después de dormir dos horas me despertó el sudor y el sonido de una conversación, por un momento había olvidado todo, mi examen, mi futuro, la vida en su totalidad. Abrí los ojos rápidamente al recordarlo todo, me sentí como quién despierta en medio de una cruda después de una buena borrachera.

En el comedor se escuchaban sonar vasos y risas, mi madre escuchó que desperté y me pidió ir al comedor.

Siempre he detestado las visitas que llegan sin avisar, después me daría cuenta de que terminan siendo las mejores. El olor a pozole blanco y la hora avanzada de la tarde hacían la hora perfecta para llegar a un hogar Chilpancingueño. Mi madre traía aguacate en un plato y lo ofrecía al invitado; mientras con una enorme sonrisa me preguntó: "¿Adivina quién está aquí?" Sin dejarme contestar continuó "La solución a tus problemas" Inmediatamente comprendí de lo que hablaba mi madre, en la mesa muy sonriente estaba Don Carlitos, un policía judicial chilango amigo de la familia desde hace mucho tiempo. La última vez que supimos de él fue porque que nos visitó y nos trajo de regalo una VHS de un decomiso de fayuca. "¡Qué pasión Josué!". Me dijo con



Yo lo único que conocía era el Museo de Antropología y el Zoológico de Chapultepec, a mis 17 años era todo un provinciano sin conocer el mundo; a diferencia de Don Carlitos que me platicaba las peleas entre los chicos de la Prepa de Tacubaya y los de la Vocacional de Constituyentes.

acento de la colonia Observatorio. Me acerqué con una gran sonrisa a la mesa y mi madre me trajo un plato humeante y rebosante de maíz con una Yoli bien fría.

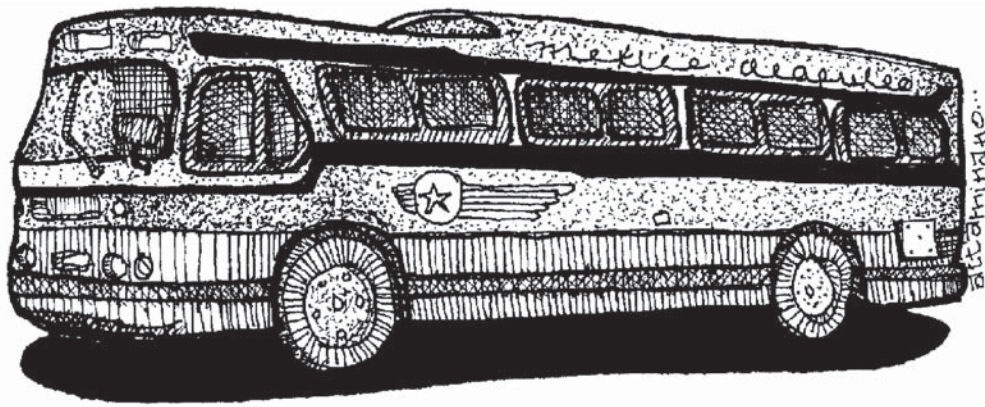
El comedor colonial de madera lucía increíble, vestido con un mantel multicolor tejido por el pueblo amuzgo de la Montaña de Guerrero. Mi madre me pidió que le contara mi contratiempo, tomé un trago de Yoli y le hablé de cómo ya no contaba con las personas que irían a la ciudad conmigo, y que no conocía lo suficiente la ciudad como para llegar a la Alberca Olímpica y presentar el examen. Don Carlitos le dio un trago al caballito con mezcal y me dijo con toda tranquilidad: "Tú ni te apures, todo está arreglado, nos vamos por la noche y llegamos por la madrugada al D.F., ahora come para que tengas energía, porque esto será un asunto de doce horas" Le agradecí y comí mi pozole blanco muy ilusionado.

Medio plato después, Don Carlitos ya me había contado todo lo que me hacía falta por conocer en la Ciudad. Yo lo único que conocía era el Museo de Antropología y el Zoológico de Chapultepec, a mis 17 años era todo un provinciano sin conocer el mundo; a diferencia de Don Carlitos, que me platicaba las peleas entre los chicos de la Prepa de Tacubaya y los de la Vocacional de Constituyentes. "A mí los porros no me hacían nada, soy chaparro pero siempre me hice respetar" Una cicatriz que le atravesaba un costado de la cara no me dejaba duda de nada de lo que platicaba. Antes de que anocheciera estábamos listos para ir a la terminal de autobuses, al abordar el camión nos dimos cuenta de otros grupos de padres con hijos que también iban a la ciudad para presentar examen. Uno de ellos solicitó encender las luces para que su hijo pudiera seguir estudiando durante el trayecto, mi madre me preguntó si quería estudiar un poco más como ese chico, le expliqué que ya tenía suficiente y que no pensaba leer una pregunta más hasta presentar el examen.

Llegamos a la central del sur pasada la medianoche, el sonido de la sala de espera advertía no descuidar las pertenencias y la gente se encogía en los asientos tratando de atenuar el frío ciudadano. Decidimos ir a "Don Camione" a tomar un café, yo tome un té de canela de sobrecito. Estuvimos escuchando los anuncios de salida de los camiones durante cinco horas; Don Carlitos salía de cuando en cuando a fumar fuera de la terminal, mi madre cerraba los ojos por periodos de veinte minutos y yo leía un libro de Herman Hesse que encontré en los locales comerciales de los pasillos. A las 6 am tomamos un taxi verde que nos llevó a la Alberca Olímpica, el lugar prestaría su graderío para realizar el examen masivo.

Me tocó estar sentado a un lado de un chico "copión" de Iguala, Guerrero, gracias a él terminé en tiempo récord porque no soportaba sus interrupciones y preguntas. Al salir, una multitud de padres esperaba afuera como en un maratón desordenado. No tengo idea cómo encontré a mi madre y a Don Carlitos, pero ahí estaban encajados entre toda esa gente. Mi madre me tiró una cara de "no te preocupes" y Don Carlitos me recomendó no pensar más en el asunto por ese día. Fuimos a buscar qué desayunar y por primera vez en mi vida comí una torta de tamal verde chilanga; también tomé un atole de arroz con leche delicioso. Mi madre se notaba agotada y





despeinada, Don Carlitos volteaba a ver a todos los lados como para no perder la perspectiva del lugar.

Al terminar nos acercamos a la avenida División del Norte a tomar un taxi que nos llevaría a la terminal del sur nuevamente. Al llegar encontramos boletos rápidamente y solo tuvimos que esperar una hora. Don Carlitos nos dio las instrucciones para llegar al lugar donde me entregarían los resultados, nos dio la ruta y el costo del taxi, nos recomendó zonas para rentar cuartos para estudiantes a buen precio, nos hizo ver todo muy fácil y accesible.

“Tú ya pasa ese examen, piensa en lo que sigue y ve paso a paso, este paso ya está dado” Me dijo después de darme un gran abrazo y dejarme su olor a perfume impregnado. Mi madre y yo abordamos un autobús de la Estrella de Oro con destino la Ciudad de Chilpancingo, Guerrero.

Dormimos profundamente todo el camino. Al llegar a casa evitamos hablar del tema y lo dejamos para el día de ir a recoger el resultado unas semanas más adelante.

Los días pasaron rápido y el fin de semestre se acercaba, mi madre compró los boletos para un viaje redondo con anticipación y tenía todo planeado de acuerdo con las indicaciones de Don Carlitos. Una vez más viajaríamos de madrugada para llegar al amanecer.

Mi madre nunca dejó de estar preocupada desde que subimos al autobús, al llegar a la ciudad había desarrollado un tipo de salpullido por la tensión y el clima seco del interior del camión. Llegamos a la ESCA (Escuela Superior de Comercio y Administración), unidad donde me sería entregado el resultado. La cantidad de personas afuera de la escuela era apocalíptico, los padres esperando, deambulando en medio de la calle y la fila para ingresar serpenteando en la banqueta. Me formé al final con todos mis papeles y no demoré mucho en ingresar. Al término de la fila había dos mesas con sobres amarillos con el resultado de cada aspirante.

“¡Hola!, cuál es tu nombre completo, tu lugar de origen y número de registro” Me preguntó una de las personas en la mesa de recepción. Le di los datos y comenzó a buscar entre los sobres, demoró un par de minutos más hasta encontrar el mío, confrontó los datos del sobre con una lista y me extendió un reluciente sobre tamaño media carta mientras me decía con una gran sonrisa: “¡Felicidades, eres un Politécnico!” Observé el gran sobre extendido durante unos segundos y lo tomé en cámara lenta, pensaba en que era un afortunado de los nueve que no lograron ingresar a la universidad. “Muchas gracias” Es lo único que pude responder.

Tomé el sobre y leí su contenido, un pequeño formato membretado con el logo del Instituto Politécnico Nacional me felicitaba por el ingreso a la carrera de Ingeniería y Arquitectura en la Unidad Tecamachalco. Mis ojos relucían como si estuvieran viendo oro, sabía muy bien del esfuerzo y la oportunidad que había conseguido, parecía un buen futuro. Recordé a mi madre, seguro seguía muriéndose de los nervios a un lado de todos los santos que ya habría bajado del cielo para hacerle compañía.

La salida era por otra puerta y no por donde accedí. Caminé pensando que sería más complicado encontrarla, pero muy pronto la vi a lo lejos sentada en una jardinera debajo de un gran árbol. Caminé hacia ella y volteó a verme a solo unos pasos de llegar hasta donde se encontraba, me miró sorprendida y gritó:

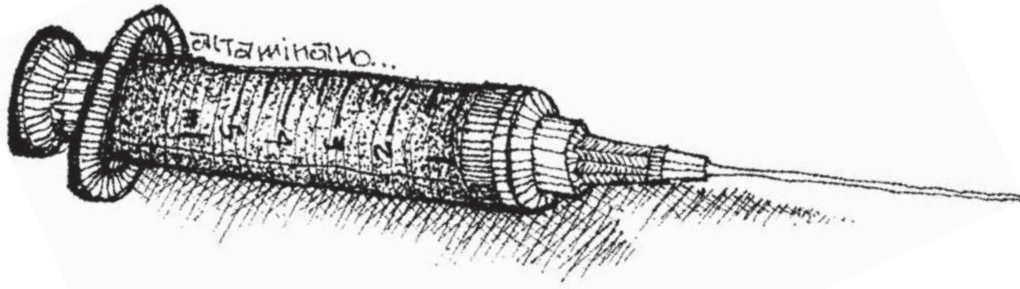
—¡Mijo! —Puse una cara inexpresiva y mi madre se contagió de inmediato:

—No me digas que no pasaste —me dijo muy seria.

—No te lo voy a decir, porque sí lo pasé.

—Menso, ¿por qué traías esa cara?

—Para que te dieran más ronchas —le dije muy feliz y orgulloso por mi travesura.



Me abrazó muy satisfecha y después me soltó un solemne: “¡Felicidades, Politécnico!” —Es la segunda vez que me lo dicen en el día y ya me está gustando.

Al regresar a la ciudad y a la escuela, me enteré que los resultados se colaron rápidamente. Mis amigos fueron a felicitarme una tarde que nunca olvidaré, porque sería la última vez que los vería juntos; José, Israel, Ollín, Óscar y Cherokee, todos estaban orgullosos de mí. Después de ese verano, cada quien tomó rumbo y destino propio en distintas universidades, estados y ciudades del país.

Para la primera semana de agosto de 1998 ya estaba viviendo en el sur de la Ciudad de México, en un cuarto con cama, restirador y una cómoda para la ropa. La radio pasaba los hits de Savage Garden y los días eran fríos y lluviosos; jamás había vivido un verano así. Tuve que aprender a montarme al metro, a conocer los trasbordos, las líneas, las salidas y a cómo no terminar taloneado. Conocí a los personajes fraudulentos muy fácilmente: “el que viene saliendo de algún reclusorio del oriente de la ciudad” “el que está juntando dinero para el sepelio de un amigo del trabajo que murió por la noche”, “el que prefiere pedir antes que robar” y muchos otros que abundan en el transporte público.

Durante los años que duró mi carrera recibí mucho de amigos, vecinos, profesores y hasta de desconocidos. Para mi dar no tiene nada que ver con dejarse talonear, quién talonea, abusa, es profesional, como decimos comúnmente: “A eso se dedica”. Hay taloneo que puede ser el inicio de un robo, luego te enteras cuando te intimidan para “cooperar”.

La policía es profesional en talonear, los funcionarios públicos, los drogadictos, es todo un subempleo con sus propias reglas y lenguaje. Siempre me ha gustado regresar lo recibido, ser agradecido ayudando a los demás, aunque luego las cosas no salgan bien, como la ocasión que acompañé al mercado Sonora a entoloachar a la novia de un in-

vidente, después me enteré que la asesinó por no dejarse “coger”; o cuando decidí recoger una camada de perritos de la calle y murieron todos, menos uno, que después murió atropellado porque se salió de la casa.

La última vez que ayudé a alguien fue hace unos meses que tuve que inyectar a mi vecina del departamento de abajo. Su hija tocó mi puerta para preguntarme si podía inyectar a su madre, no pude decir que no. Aprendí a auto inyectarme en el pasado y pensé que podría con ello.

Días después tuve que tomar un curso intensivo con videos de Youtube para aprender técnicas de cómo inyectar a personas de edad avanzada. Resultó más fácil de lo que pensaba, considerando que el músculo de una anciana es menor y menos manejable que la de una persona adulta. Un día estuvo a punto de taparse la jeringa y cambié de nalga, al final la izquierda tuvo más piquetes.

Soy parte de esa gran cadena de favores y trato de usarla de la mejor manera. He procurado estar en los momentos importantes para los demás, y respaldarlos con mi persona. Nunca me ha gustado sentirme taloneado y es uno de esos “superpoderes” que adquirí en las calles; es imposible que alguien me venda algo sin que lo necesite, puedo hacer a un lado a los de las encuestas y a los de las tarjetas de crédito con solo un movimiento de labios y cejas, soy inmune a los que te quieren intimidar solo para que les ayudes a “completar”, sé reconocer entre toda la marea de personas a quien realmente necesita ayuda de las que mienten para talonear; no parece mucho, pero en una ciudad con más de veinte millones de personas, suele ser útil ☺

***Datos del autor**

Ingeniero arquitecto egresado de la ESIA Tecamachalco
altamiranojosue@hotmail.com